

mento dado, Nuestra Señora de Lourdes y de Marpingen, fuerte como un ejército ordenado en batalla, asegurará el triunfo de la Francia y reparará todas sus pérdidas.

Es, pues, verdad, con una verdad absoluta y brillante, que hoy como en la Edad media, más que en los primeros siglos de la Iglesia, en el universo entero, la gloria de María es como el sol en el firmamento. Es preciso hacerse ciego para sustraerse al brillo de sus rayos evidentemente divinos.

Entre María inmaculada en su concepcion y tres veces virgen, antes del parto, en el parto y despues del parto; entre María Madre de Dios y María proclamada bienaventurada por el universo entero, por los reyes y por los pueblos, por todas las potestades del mundo, la santidad, el génio, la elocuencia, la poesia, la arquitectura, la pintura, la escultura, el grabado, el dibujo, la música, etc., etc., hay la proporcion del efecto á la causa y de la causa al efecto, es el milagro engendrando el milagro. ¡Entre María, mujer comun, esposa vulgar, madre de muchos hijos, uno de los cuales fué un sabio con algo de impostor (segun M. Renan y el libre pensamiento), pues que se proclamaba Dios, hay un abismo insondable. ¡Esto seria un edificio colosal fundado sobre el vacío! Despojando á María de sus prerogativas, de sus privilegios, de su prestigio, M. Renan ha centuplicado la claridad del milagro. ¡Ha convertido lo absurdo en sobrenatural y divino!

¿Y qué seria esto si describiésemos el cuadro verdaderamente admirable y divino de la influencia del culto de María sobre la condicion de la mujer, sobre la vida de los individuos, de las familias y de las sociedades? María es propiamente hablando el alma del mundo cristiano; es ella sobre todo quien ha formado á los santos, y todos los santos han tenido por ella una tierna devocion. Cada dia se verifica esta promesa divina: Israel será tu herencia, echa tus raíces en el corazon de los escogidos.

Exclamemos, pues, concluyendo: María habia anunciado y predicho que todas las generaciones la proclamarían

bienaventurada; el oráculo se ha cumplido en todas sus condiciones maravillosas. Es á la vez una grandiosa profecía y un brillante milagro. Luego María es Madre de Dios. Luego la fe cristiana es divina. Luego, entre todas las iglesias, la Iglesia católica, apostólica, romana, respaldece divina, pues que ella es por excelencia la Iglesia de María, y respaldece únicamente divina, puesto que solamente en su seno ha tomado el culto de María su pleno desarrollo; puesto que es ella la que, más que todas las otras juntas, proclama bienaventurada á María.

*Capítulo sexto.—Segundo esplendor de la Fe.—Mis ojos han visto al Salvador que viene de tí, que has aparejado ante la faz de todos los pueblos, luz que se revelará á las naciones.* (Luc., c. II, vv. 30, 31, 32).—Cuando llegaron los dias de la purificacion y de la presentacion, José y María llevaron al niño á Jerusalem, y lo presentaron al Señor en el templo; llevaban al mismo tiempo dos palominos, que debian ofrecer para rescatarle. Pero habia en Jerusalem un hombre llamado Simeon, justo y temeroso de Dios, lleno del Espíritu Santo y que esperaba el consuelo de Israel. Llevado por una inspiracion interior, fué al templo, tomó al pequeño infante Jesús en sus brazos y exclamó: «Ahora, Señor, deja morir en paz á tu siervo, segun tu palabra, pues que mis ojos han visto al Salvador que viene de tí, que has aparejado ante la faz de todos los pueblos, para ser la luz que iluminará á todas las naciones.»

El santo viejo inspirado proclama, pues, en alta voz que el pequeño infante por el cual José y María han pagado el rescate de los pobres, es: 1.° la salud enviada de Dios y ofrecida á todos los pueblos; 2.° la luz que se revelará á las naciones. ¡Hé aquí el oráculo, la profecía clara, solemne, brillante! Cuando san Lucas lo escribia, los apóstoles sólo estaban todavía al principio de su apostolado. ¿Se ha cumplido el oráculo? ¡Evidentemente! El mundo está lleno de la salud de Dios é inundado con la luz de Jesucristo. El cumplimiento del oráculo se ha convertido á

su vez en un milagro patente, incomparable; es el establecimiento de la religion cristiana; luego la Religion cristiana es divina. Y porque Jesucristo no es en ninguna parte tanto y más la salud del mundo, la luz de las naciones, como en el seno de la Iglesia católica, apostólica, romana, esta Iglesia es la verdadera Iglesia de Dios.

1.º *Jesucristo es y ha sido la salud de Dios.*—En efecto; todo pueblo salvado ha sido salvado por Jesucristo; todo pueblo que Jesucristo no ha salvado, permanece sepultado en la muerte y perdido; todo pueblo que se ha separado de Jesucristo, ha corrido de nuevo á su perdicion.

Este es el más notable de todos los hechos, es la enseñanza más cierta de la historia pasada y presente. San Pedro dijo: «Jesús se ha convertido en la piedra angular y fundamental; no hay salud más que en él, porque no ha sido dado á los hombres ningun otro nombre por el cual podamos ser salvados.» San Pablo dijo despues de san Pedro, felicitando á los Romanos por su fe en Jesucristo: *Allí donde el pecado había abundado, la gracia ha sido superabundante. Así como el pecado ha reinado y por el pecado la muerte, la gracia reina á su vez y con la gracia la justicia y la vida eterna.* No hay más elocuente resumen de la historia de los pueblos, griego, romano, judío, que el del Apóstol de los Gentiles en esta misma Epístola á los Romanos: «Son inexcusables, pues aunque conocieron á Dios en sus obras, no lo glorificaron como á Dios... Antes se desvanecieron en sus pensamientos, y se oscureció su razon.... Porque teniéndose ellos por sabios, se hicieron necios... Mudaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de figura de hombre corruptible, de aves y cuadrúpedos. Por lo cual los entregó Dios á los deseos de su corazon, de modo que deshonraron sus cuerpos en sí mismos. Los cuales mudaron la verdad de Dios en la mentira, y adoraron y sirvieron á la criatura, y por eso los entregó Dios á pasiones vergonzosas.... Los hombres y las mujeres han cometido crímenes contra la naturaleza. La mujer ardió en deseos por la mujer, el hombre por el hom-

bre, entregados como estaban á un réprobo sentido.... llenos de toda iniquidad, de malicia, de fornicacion, de avaricia, de envidia, de muerte. Son perversos, pendencieros, delatores, murmuradores, violentos, arrogantes, calumniadores, desobedientes, disolutos, insensatos, sin afeccion, sin misericordia».... Hé aquí escrita por un gran genio y gran santo la historia del mundo, ó al menos de la parte del mundo más civilizada. San Juan, el apóstol de la castidad y de la caridad, ha resumido este cuadro en una sola palabra: *El mundo entero estaba sumido en el mal. Nosotros á quienes Jesucristo ha salvado somos de Dios y no pecamos.*

Jesucristo ha salvado al mundo de todos los vicios más degradantes... El mismo Ciceron, que ha hablado tan bien de los dioses y de la virtud, decíase autorizado por los antiguos para practicar la sodomía y el incesto.

Jesucristo ha salvado al mundo de la idolatria y de una idolatria sistemáticamente corruptora, puesto que las pasiones más contrarias á la razon y á la naturaleza tenian sus dioses, sus templos, sus altares, sus sacerdotes, sus cultos, y á menudo sus misterios secretos é infames.

Jesucristo ha salvado al mundo de la barbarie, y de la civilizacion corrompida, peor aun que la barbarie, peor que el estado salvaje.

Jesucristo ha librado al hombre de la esclavitud, no de la esclavitud ordenada, moderada, suavizada, que el cristianismo ha podido tolerar al menos provisionalmente, sino de la esclavitud sacrilega, terrible, abominable, tiránica, establecida y glorificada por el paganismo en todas las naciones, y con más refinamiento y crueldad en los pueblos más ilustrados y civilizados. Entre los Griegos y los Romanos, los esclavos eran no hombres, sino cosas; comprábanse, vendiáanse y se mataban cuando para nada servian; arrojábaseles aun como alimento á las bestias feroces del circo ó á las murenas engordadas en los estanques de los ricos patricios. Su número era inmenso. Atenas contaba cuatrocientos mil esclavos y veinte mil ciu-

dadanos. Roma en tiempo de Ciceron contaba apenas dos mil propietarios, sobre una poblacion de un millon quinientos mil proletarios. Se ha encontrado recientemente en Roma el sitio de las vastas prisiones, en las cuales, terminado el dia, amontonábanse los esclavos en número de veinte y treinta mil. ¡Hé aquí la esclavitud de que Jesucristo ha librado al mundo! ¡Hé aquí los desgraciados cuyos hierros, si no ha quebrantado, al menos ha hecho caer!

Jesucristo ha librado á la mujer de una servidumbre más dura tal vez y más humillante que la esclavitud. Por Él la mujer ha sido elevada á la dignidad de compañera del hombre; ha encontrado, en fin, en los agasajos y miramientos que la rodean la recompensa de su sumision y fidelidad. Con la mujer cristiana el niño ha ocupado en el hogar doméstico el sitio que le correspondía; se ha convertido en lazo de union de los dos esposos; la autoridad ha reemplazado al despotismo brutal.

Jesucristo ha librado á los pueblos de la tiranía de los poderes públicos. «Los gobiernos modernos, dice Juan Jacobo Rousseau (*Emilio*, libro V), deben incontestablemente al catolicismo su más sólida autoridad, y ha hecho que sus revoluciones sean menos frecuentes, menos sanguinarias; pruébanlo los hechos, comparándolos á los gobiernos antiguos. Este cambio no es en lo más mínimo obra de las letras; las crueldades de los atenienses, de los dictadores, de los emperadores romanos dan fe de ello.» Un protestante célebre, lord Fitz-William, en sus admirables *Cartas de Attico*, no vacila en decir: «que es imposible formar cualquier sistema de gobierno que sea permanente y provechoso, á menos que no esté apoyado en la religion católica romana.»

Salvador del hombre, de la tierra y del tiempo, del individuo, de la familia, de la sociedad, Jesucristo es más bien el Salvador del hombre de la eternidad. Las víctimas humanas no podian aplacar la justicia de Dios, Él dijo: Yo vengo; y es constituido victima de propiacion por los

pecados del mundo; lo ha rescatado por su sangre; ha cerrado el infierno bajo nuestros piés; ha abierto el cielo sobre nuestras cabezas; nos ha enriquecido con tantas gracias, que, por sublevadas que puedan estar las pasiones, está en su derecho al decirnos como á san Pablo: «Mi gracia te basta, tanto más que mi omnipotencia brilla mejor en la flaqueza.» La salud de Dios ha hecho más todavía; ha hecho brotar una multitud de virtudes heróicas y verdaderamente divinas, ha multiplicado los Santos, bastante raros en el Antiguo Testamento en una proporción inmensa. El mismo Voltaire ha dicho: «Todas las virtudes humanas pueden encontrarse en los antiguos; las virtudes divinas sólo están en los cristianos; y en los cristianos católicos, apostólicos, romanos.»

Se ha cumplido, pues, de la manera más evidente y extraordinaria, el oráculo de Simeon: *Mis ojos han visto al Salvador que viene de tí*. El mundo todo entero dice bien alto: ¡Por todas partes y siempre la salud ha venido ó viene por Jesucristo! ¡Por todas partes y siempre la salud se ha ido y se vá con Jesucristo! ¡Y el crimen sobra abunda de nuevo!

Si Jesucristo es Dios, el Verbo eterno de Dios hecho carne, este hecho de salud se explica naturalmente. Si como pretende Renan, Jesucristo sólo es un reformador humano, bastante débil, bastante cobarde para dejarse forzar á simular milagros, á constituirse impostor, la salud del mundo es un efecto sin causa, un monstruoso absurdo. Y porque sobre todo en la Iglesia católica, apostólica, romana, Jesucristo es Salvador del mundo, la Iglesia católica, apostólica y romana es divina.

2.<sup>o</sup> *La luz que se revelará á las naciones.*—La historia del cristianismo se resume por completo en algunas palabras que el apóstol san Mateo da por exordio á su Evangelio: «El pueblo que estaba sentado en las tinieblas ha visto una gran luz; la luz ha nacido para los que están sentados en la region de la sombra de la muerte.»

Esta singular palabra de Jesucristo: «Yo soy la luz del

mundo; aquel que me sigue no camina entre tinieblas, sino que tendrá la *luz de la vida*, se ha convertido a su vez un acontecimiento inmenso.

Que el mundo antes de Jesucristo fué sumido en las más profundas tinieblas, en las tinieblas de la muerte, que fué entregado á los más monstruosos errores, nadie ha tentado todavía ponerlo en duda. Si, por doquiera la noción del verdadero Dios estaba oscurecida, la noche reinaba en torno de los conocimientos fundamentales de nuestro origen, de nuestra naturaleza, de nuestros deberes, de nuestros destinos. Mientras que el pueblo se alimentaba en todos los lugares con tradiciones desfiguradas y se sumía en una idolatría monstruosa, la ciencia antigua esforzabase en recobrar la verdad que las pasiones habían oscurecido; trataba de hacerse un Dios; pero este Dios es una mezcla de todos los seres, un abrazo ridículo de todas las contradicciones, un principio impotente que parte con el mal el soberano imperio de todas las cosas, un monarca egoísta que se encierra para gozar en el palacio de su gloria, dejando marchar el mundo á los caprichos del acaso..... un destino desapiadado que ahoga la libertad y cierra el oído á las súplicas de la miserable humanidad. Es el sér de razon que se llama Naturaleza, es la materia infinita, eterna, subsistente por ella misma, y tirando de su vasto seno todas las existencias.

¿De dónde venimos nosotros? ¿Quién lo sabía? Las fábulas daban al hombre un padre en los mismos dioses. Dios es un océano infinito que lleva en sí los gérmenes de todas las cosas; el torbellino eterno, cúmulo de átomos, en el seno de los cuales la casualidad opera felices encuentros.

¿Qué somos nosotros? Aquí brutos, allá partículas de lo infinito; tan pronto sin alma, como con una, como con dos ó tres. Para unos el alma es un espíritu, para otros un agregado de átomos. Para muchos el género humano se compone de castas distintas y rivales que no deben mezclarse.

¿Qué debemos hacer? Contemplar lo bello, dejarnos lle-

var por los caprichos del destino, poner en orden nuestras sensaciones, medir el placer por la fuerza de nuestro temperamento, hacer todo lo moral posible el deleite, imitar á los dioses que la pasión ha fabricado, ó exagerar el honor de la virtud en provecho del orgullo.

¿Á dónde vamos? Á perdernos sin recuerdo y sin conciencia de nosotros mismos en lo infinito, á rodar sin fin de un cuerpo á otro, á tomar posesion de un paraíso sensual, á extinguirnos en el abismo de la nada.

Y todo esto, *tal vez* (!!!); porque el error antiguo y moderno no afirma nada; porque Sócrates, Platon, Aristóteles, Ciceron, Séneca, despues de haber escrito sucesivamente el pró y el contra, permanecieron en un escepticismo absoluto. El mismo Voltaire ha dicho: «Quisiera, por diversion é instruccion nuestra, que todos los grandes filósofos de la antigüedad, los Zoroastros, los Mercurios, Trimegistas, los mismos Numas, apareciesen hoy en la tierra y que conversasen con Pascal, ¿qué digo? con los hombres menos sabios de nuestros días, que no son los menos sensatos; pido perdon á la antigüedad, pero creo que harian una triste figura. ¡Pobres charlatanes! ¡No venderian caras sus drogas en el Puente-Nuevo!»

Al contrario Jesucristo luz del mundo nos ha enseñado por sus ejemplos, por sus lecciones, por su Espíritu Santo, *toda verdad*. El resumen de la fe que hemos colocado á la cabeza de este libro prueba de sobras que un niño cristiano sabe más sobre Dios, sobre el prójimo, sobre sí mismo, que los filósofos más ensalzados.

Pero no solamente en el órden religioso y moral ha sido Jesucristo la luz del mundo. Necesitaba mucho tiempo el cristianismo para corregir las costumbres, iluminar las inteligencias, convertir las naciones, organizar la sociedad moderna. En la Edad media estaba todavia demasiado preocupado con los intereses sobrenaturales y eternos del hombre, para cultivar con ardor y éxito las ciencias humanas. Sin embargo, las abordaba animosamente, cuando el Renacimiento vino á detener el impulso cristiano y á

comenzar de nueva lucha de la carne contra el espíritu. No es menos evidente que la luz científica es una dilatación de la luz evangélica, y que en realidad todas las conquistas y progresos de las ciencias, de la industria, de las bellas artes, de las artes, son el fruto del cristianismo. La prueba es que las únicas naciones instruidas é industriales son las naciones cristianas; que la ciencia y la industria no nacen, ó se reducen á una rutina mecánica, en el seno de las naciones que el cristianismo no ha iluminado, como la China ó el Japon; que el progreso, la invención, los descubrimientos son propiedad de los pueblos que iluminan más ó menos la luz de Jesucristo; que se les ve aparecer muy tarde en las naciones que no son ó que sólo son cristianas por simple importación ó imitación.

Illuminada por la fe, la inteligencia se dilata, la voluntad se fortifica; entonces solamente es cuando el hombre aspira á dominar los sentidos y la naturaleza.

Enseñando al hombre por autoridad las verdades cuya averiguación agotaba en otro tiempo sus fuerzas, la fe lo ha librado del desaliento ó del escepticismo, y le ha dado una base fija; ha hecho mucho más por la difusión y comunicación de las luces, ha creado para él un contrapeso de sentido comun que le defiende eficazmente de sus desvíos individuales, y una palanca poderosa que centuplica sus fuerzas, poniendo las de todos á la disposición de cada uno. En fin, por la comunión íntima entre el alma y su autor, entre la verdad y la virtud, la fe ha puesto en el hombre un principio de vida que esal espíritu lo que este mismo es al cuerpo; que concentra, disciplina, inspira sus movimientos, y preserva sus tesoros del mohó ó de la corrupción. La fe en Jesucristo conviértese, según la feliz espresion de Bacon, en el *aroma de la ciencia*, *Fides aroma scientiarum*. He aquí cómo, fuerte en los socorros de la fe, el espíritu humano, que habia permanecido durante cuatro mil años adormecido y como en estado de infancia, se ha levantado á una altura que jamás habia conoci-

do; ha marchado de progreso en progreso. «Cuando veis, decía tambien Voltaire en una de sus confesiones, á la razón no hacer progresos tan prodigiosos sino solamente en el momento de la predicación del Evangelio, mirad la fe como una aliada que debe venir en vuestro auxilio, y no como una enemiga que es preciso atacar; atráyeos á quererla y no á temerla.»

La prueba, además, de que la luz de la fe es la luz de la ciencia, es que los más nobles representantes de la razón, de la ciencia, del progreso bajo todas sus formas, los conductores de la humanidad, han sido apóstoles ó discípulos de Jesucristo. «Podriase producir con facilidad, dice d'Alembert, la lista de los grandes hombres que han mirado la Religión como obra de Dios, lista capaz de hacer estremecer, aun antes del exámen, á los mejores espíritus, suficiente al menos para imponer silencio á una turba de conjurados, enemigos impotentes de las verdades necesarias á los hombres, que Pascal ha defendido, que Newton creía, que Cartesio ha respetado.»

Lo hemos recordado ya cien veces; en el pasado como en el presente, á la cabeza de todas las ramas de las ciencias, y entre los genios especialistas, que son el honor de la humanidad, cuéntanse cristianos sinceros, católicos fervientes; M. Augusto Nicolás hace notar que entre los sesenta y nueve sabios cuyo elogio hizo Fontenelle, no hay tres tal vez que no brillen tanto por la piedad como por el saber, de manera que el libro de sus elogios es en el fondo una historia edificante. En pleno siglo xix, en el tiempo fatal en que la fe ¡ay! ha llegado á ser tan rara, cada una de las secciones de nuestra Academia de ciencias, Astronomía, Geometría, Mecánica, Geografía y Navegación, Física, Química, Historia natural, Mineralogía y Geología, Botánica, Medicina y Cirujía, tienen todavía su sabio, no solamente amigo del cristianismo y de la Iglesia católica, sino creyente y piadoso.

El catolicismo ha marchado y marchará siempre á la cabeza de la ciencia y del progreso, porque hay, dice Bal-

mes, «en la civilización europea basada sobre el cristianismo un deseo ardiente de perfección en todos los ramos... un espíritu cosmopolita de universalidad y de propaganda, un fondo inagotable de recursos para rejuvenecerse, una impaciencia generosa que quiere adelantarse al porvenir, y de lo cual resulta una agitación, un movimiento incesante,» etc. En Francia antes de la revolución, la ciencia era toda cristiana y católica: contaba en su seno catorce grandes universidades y treinta observatorios astronómicos. Si en los cincuenta primeros años de este siglo, la Iglesia católica ha marchado en segundo rango, es porque había vertido la más noble y pura de su sangre, porque había sido despojada de todas sus riquezas, dejándola apenas de que vivir, y porque le ha sido menester muchísimo tiempo para salir de sus ruinas. Pero vedla, en pié, y en su primer impulso aspira á resucitar la enseñanza superior que languidece sin ella; quiere cultivar con ardor las ciencias humanas; desplega de nuevo la bandera de Jesucristo, luz del mundo! Sus enemigos saben muy bien, como lo hemos de sobras demostrado, que la ciencia verdadera es forzosamente cristiana y católica, pues dan contra ella gritos de rabia y quisieran, como Juliano el Apóstata, retirarle con violencia la semi-libertad que le ha sido concedida. Pero nuestros adversarios lo saben muy bien: si en el naufragio con que las doctrinas amenazan á la sociedad, las ciencias humanas no perecen, serán defendidas y salvadas por el clero católico romano. Sus Universidades sólo son de ayer, y algunas al menos tienen ya aseguradas un brillante porvenir. Podríase decir de Pío IX que es el pontífice más apostólico, más católico, más romano, que se haya sentado en la silla de Pedro, y la sola enumeración de lo que este glorioso Papa ha hecho por la ciencia, sería verdaderamente admirable.

Si, Jesucristo es la luz del mundo no solamente religioso, moral y social, sino del mundo sabio. Su fe es la salvaguardia necesaria de la ciencia y de la civilización. En lo

porvenir como en lo pasado, las naciones y los pueblos que la abandonaron cayeron en la barbarie.

Resumamos. El anciano Simeon dijo del pequeño infante pobre presentado en el templo, que sería un estandarte izado á la faz de las naciones, la salud del mundo, la luz que iluminará á todas las naciones. Y el triple oráculo se ha cumplido. Es á la vez una profecía evidente y un milagro brillante: milagro completamente natural, si este infante es Dios; milagro imposible, si este infante no es más que un hombre. Luego Jesucristo es Dios, y porque sobre todo Jesucristo es estandarte, salud y luz en presencia y en el seno la Iglesia católica, la Iglesia católica, apostólica y romana es divina.

*Capítulo séptimo.—Tercer esplendor de la fe.—Hé aquí que este está puesto para caída y levantamiento de muchos.—(Luc., c. II, v. 34).—*Después de haber devuelto á María su madre el pequeño infante Jesús, que en nada distinguiese en el exterior de los otros niños de su edad, que no ostenta señal alguna de fuerza ó de poder, que no habla muda todavía, que sólo habla con su sonrisa, el anciano Simeon bendiciéndolo, le dirige esta palabra profética, verdaderamente extraña, inaudita y de un significado inmenso: *¡Hé aquí que este está puesto para caída y levantamiento de muchos!* Es decir, será como el dueño soberano y el árbitro único del género humano, del cual sólo dependerá la perdición ó la salud, la elevación y la ruina de los Estados y de los hombres, sobre el cual reposarán de aquí en adelante los destinos del universo.

Si este infante no es Dios, este oráculo es una locura. Y sin embargo se ha cumplido al pié de la letra. Sobre toda la superficie de la tierra y en toda la sucesión de las generaciones, desde el día en que fué pronunciada hasta nuestros días, esta palabra es el resumen más fiel y más notable de toda la historia. La suerte de muchos de aquellos que resisten con obstinación á Jesucristo, es la de pe-

recer aun en este mundo; el destino de muchos de los que combaten bajo su estandarte es el de vencer.

*La caída de muchos.—El pueblo judío.*—No contenta con desconocer á Aquel á quien Dios le había enviado, la nación judía lo persiguió y condenó á muerte: también fué la primera de cuya ruina fué causa Jesucristo. En el sitio para siempre memorable de Jerusalem, por una complicación de males sin ejemplo, temblores de tierra, hambre, peste, guerra intestina y extranjera, viéronse perecer, en el espacio de algunos meses, hasta un millon de hombres. De la ciudad inmensa y del templo tan magnífico de Jerusalem no quedó piedra sobre piedra. Dispersos por toda la tierra, los restos de este pueblo desgraciado parecen tener por misión dar en espectáculo á todo el universo el cadáver mutilado y siempre vivo de una nación reprobada, adjudicándose la tierra y desheredándose del cielo.

*Roma pagana.*—Esta fué, despues de la nación judía, la más implacable enemiga del nombre cristiano; será la segunda víctima inmolada á la gloria de Dios del Evangelio... Esta ciudad orgullosa estaba todavía al mas alto punto de su poder y esplendor, cuando Juan el evangelista proclamaba, tres siglos anticipadamente, sus humillaciones y caída; designaba los futuros vencedores del pueblo tantas veces invencible, y los representaba desde luego aliados, y despues enemigos. Señoree ver á los Godos, los Hunos, los Hérulos... Se distinguen los furores de un Alarico y de un Átila, que consumarán en fin la desolacion de la antigua Roma, la gran ciudad, edificada sobre siete colinas, que reina sobre los reyes, la madre de las fornicaciones de la tierra, embriagada con la sangre de los santos y de los mártires de Jesús.

*Los deicidas.*—*Judas.*—Arrojó sus treinta monedas de plata en el templo, se fué y ahorcóse. Su cuerpo abrióse por en medio y sus entrañas esparramáronse por el suelo.

*Pilato.*—Encontró en el tribunal de Calígula, sucesor de

Tiberio, un juez digno de él. Desterrado á Viena capital de los Alóbrogos, se dió él mismo la muerte.

*Caifás,* que rasgó su ropaje de gran sacerdote, al esclamar que Jesus había blasfemado, despojado de la púrpura por un procónsul romano, cayó en la desesperacion y puso fin á sus dias.

*Anás,* suegro de Caifás, acabó por el suicidio.

*Los tiranos y los perseguidores de los cristianos.—Herodes Agripa.*—El primero de los perseguidores mandó matar á Santiago el Menor y aprisionó á san Pedro. Habiendo ido á Cesarea para presidir las fiestas en honor de César, deslumbraba por el brillo de su vestidura, y el pueblo esclamaba: «Hasta aquí os mirábamos como hombre; hoy reconocemos que dominais á la naturaleza!» Al mismo instante un ángel se le apareció, y comprendió que este era el mensajero de las venganzas divinas. Presa de dolores muy vivos de entrañas, volvióse hácia sus aduladores y les dijo: «Hé aquí que Dios me condena á abandonar esta tierra.» Transportado á su palacio, y viendo desde su lecho al pueblo prosternado en la plaza, hora y muere cinco dias despues entre dolores insoportables.

*Neron.*—Declarado por el Senado enemigo del bien público y condenado al suplicio de la roca Tarpeya, es custodiado en el monte Palatino. Ganados á precio de oro, los soldados abandonan su cuerpo de guardia y van á pasearse por los arrabales de Roma. Neron permanece solo, y corre á darse una cuchillada en una cueva que uno de sus libertos tuvo á bien prestarle para morir.

*Domiciano.*—Fué tan cruel, llegó á ser tan odioso, que sus libertos, sus oficiales y su mujer conspiraron contra él y lo mataron.

*Galerio Máximo.*—Preparábase á celebrar con nuevas crueldades contra los cristianos el vigésimo año de su reinado, cuando una úlcera terrible apoderóse de toda la parte inferior de su cuerpo. Sangre negra y corrompida escapábase incesantemente con gusanos siempre renacientes. Sus sufrimientos son intolerables; quisiera no

haber perseguido jamás á los cristianos, pero es demasiado tarde y muere desesperado.

*Maximino II Daia.*—Ha tragado veneno, pero la dosis es demasiado débil ó demasiado fuerte. Es presa de un delirio furioso acompañado de horribles dolores, causados sobre todo por un fuego interior, precursor del fuego del infierno. Cree ver á Jesucristo armado con el rayo, viniendo á vengar á sus servidores degollados, y muere llenando su palacio con sus siniestros alaridos.

*Juliano el Apóstata.*—Entra en Persia á la cabeza de un ejército inmenso y seguido de una escuadra considerable. Su retaguardia es bruscamente atacada por los soldados de Sapor; vuela en su socorro sin haber tenido tiempo de endosarse la coraza; un dardo lanzado por una mano desconocida traspasa el costado y penetra profundamente en el hígado. Teodoreto cuenta que llevando la mano á su herida, llenábase de sangre que arrojaba al cielo exclamando: «¡Venciste, Galileo!»

*Valeriano.*—Incitado por Macrino, uno de sus generales, persiguió violentamente á todos los cristianos de su imperio. Hecho prisionero por Sapor, tuvo que sufrir los más indignos y crueles tratamientos. Haciale servir de peana cuando montaba á caballo; hizolo desollar vivo, y una vez muerto, hizo preparar su piel para servir de tapete.

*Diocleciano.*—Constantino, su vencedor, mandó derribar sus estatuas; concibió tal tristeza por ello, que resolvió morir. Iba errante de una parte á otra, agitado por continuas inquietudes, sin tomar alimento ni tener reposo, no haciendo más que gemir y derramar lágrimas. Despreciado, maltratado, reducido á aborrecer la vida, dejóse morir de hambre y desesperacion.

*Ruina de los enemigos de la Iglesia y de los Papas.*—Es una de las grandes enseñanzas de la historia, dice M. Maistre: todo príncipe que osa levantar la mano sobre el soberano Pontífice, ó afligirlo sin medida, puede contar con

un castigo temporal y visible: muerte violenta ó degradante, mal renombre durante la vida y memoria deshonrosa después de la muerte.

*Astolfo y Desiderio, reyes de los Lombardos.*—Hicieron guerra á los papas Estéban II, Estéban III y Adriano I; Pepino y Carlomagno marchan contra ellos, ponen fin al imperio Lombardo y dan el exarcado de Rávena al papa.

*Enrique IV, emperador de Alemania.*—Demasiado célebre por sus luchas impías y violentas contra los papas Gregorio VII, Víctor III, Urbano I, muere miserablemente en Lieja solemnemente depuesto, arrojado vergonzosamente del trono por sus súbditos conjurados contra él, implorando en vano la intervencion del soberano Pontífice y de los obispos.

*Enrique V, emperador de Alemania.*—Siguiendo las huellas de su padre, no deja de perseguir al papa y á la Iglesia; muere excomulgado y sin dejar sucesion.

*Enrique VI, emperador de Alemania.*—Excomulgado por Celestino III, á quien habia arrebatado el ducado de Benevento, muere poco despues á la edad solamente de treinta y dos años.

*Oton IV, emperador de Alemania.*—Infiel á sus obligaciones, excomulgado y depuesto por Inocente III, murió en un profundo olvido.

*Federico II, emperador de Alemania.*—Excomulgado por el concilio de Lion por haber querido despojar á la Santa Sede de su poder temporal; destituido de su dignidad, murió en un rincón ignorado de Italia. Su hijo no le sobrevivió más que algunos meses; su nieto muere en el cadalso; su hijo natural, Manfredo, probablemente su asesino, usurpador de la Sicilia, á su vez, y excomulgado, es muerto en la batalla de Benevento; su cuerpo fué arrojado en una fosa; su mujer, sus hijos, sus tesoros fueron entregados al vencedor.

*Felipe el Hermoso, rey de Francia.*—Irritado por la excomunion lanzada contra él por el papa Bonifacio VIII, envia á Italia un diputado encargado, en la apariencia, de

notificar su apelacion al futuro Concilio, pero en realidad de apoderarse de la persona del papa, á quien esta violencia hizo morir de pesar. Felipe pereció de resultas de una caída de caballo á la edad solamente de cuarenta y seis años.

*Luis XIV, rey de Francia.*—La firme actitud de la Santa Sede en las cuestiones de los Regalías, el derecho de franquicia de los embajadores y la declaracion del clero de Francia indispusiéronle fuertemente; hizo amenazas y se apoderó del condado de Aviñon. Partiendo desde esta época fatal, el brillo del Rey-Sol marchó rápidamente á su menguante. La gloria de su bandera palideció; admiró á la Europa con sus reveses. Dios descargó visiblemente su brazo sobre él, y lo atacó por los lugares más sensibles. Convirtiéndose en esclavo de los gustos felizmente buenos de madama de Maintenon, la cual hizo que muriese cristiano ferviente y resignado.

*El Directorio de la República francesa.*—Después de haber hecho significar á Pio VI que el pueblo romano criticaba su soberanía y no le reconocia ya por su jefe temporal, le hizo levantar de la cama á pesar de sus graves enfermedades y lo mandó encerrar en la ciudadela de Valence, en donde murió. ¡Gloriábase de ver pulverizados los ídolos antiguos, como lo querian la libertad y la política! Tres meses después, entre las burlas de la Francia, el Directorio inclinábase ante la espada de un joven general y desaparecia de la escena.

*Napoleon I, emperador de los franceses.*—Vencedor de la Europa entera, en el apogeo de una gloria que excedía á la de Alejandro el Grande, el emperador cayó á su vez sobre la piedra angular y fué quebrantado. Excomulgado por Pio VII, después de la invasion de Roma, hizo salir forzosamente de ésta al angusto anciano; túvolo prisionero en el palacio de Fontainebleau; cometió con él mil vejaciones; separólo de sus consejeros, etc. Esperaba siempre que lo arrastraría á sus fines: el abandono del poder temporal y la cesion de los Estados pontificios. «Es verdaderamente

extraño, decia un dia Napoleon al noble y santo anciano, todos los principes de Europa obedecen mis órdenes, todos los pueblos inclínanse ante mis armas vencedoras; sólo un viejo, mi prisionero, rehusa mi amistad...—Vuestra amistad me seria dulce, pero lo que me pedís es injusto.—Puesto que rechazais mi amistad, experimentaréis mi odio.—Majestad, yo pongo vuestras amenazas al pié del crucifijo, yo abandono á Dios el cuidado de mi causa.—¡Necia exaltacion!—¡Emperador, callaos; el Dios de otro tiempo vive todavía. Os herirá cuando la medida esté llena.» Doce años más tarde, Napoleon prisionero en Santa Elena, decia á un joven paje, testigo de la terrible escena de Fontainebleau: «¿Te acuerdas de Pio VII, de su prediccion y palabras?—¡Sí, señor! ¡el Dios de otro tiempo vive todavía! ¡os herirá!—El Papa no ha sido falso profeta. ¡Mi cetro no fué destruido por los hombres, sino por Dios.»

*Luis Felipe, rey de los franceses.*—Veía en la religion un medio de gobierno: la ley debía ser atea, es decir, indiferente á todos los cultos. Liberal, aconsejó mal á Pio IX al principio de su Pontificado. En su última conversacion con M. Affre, el cual habia osado decir que la Iglesia pedia libertad y no proteccion, que mantenía el derecho que tenían los obispos de reunirse para tratar de los intereses de sus diócesis, que rehusaba decirle qué concesion habia ido á pedir al soberano Pontífice un delegado de los obispos, Luis Felipe levantóse, toma al arzobispo del brazo y le dice: «¡Acordaos que se ha destrizado más de una mitra! El arzobispo, levantándose á su vez, le contesta: «¡Esto es verdad! pero conserve Dios al rey su corona, porque ¡cuántas coronas se han destrizado!» El 24 de Febrero, el rey, abatido ya por la trágica muerte del duque de Orleans, subia precipitadamente en un coche de alquiler con la reina, sin escolta, sin dinero, sin provisiones de viaje, y hacíase conducir á Versalles primero, después á Dreux, disfrazado, entre mil temores de ser reconocido, detenido, juzgado. De Dreux alcanza las costas de la Mancha, y habiéndose embarcado en una frágil chalupa

con una mar muy agitada, desembarcaba en fin en Inglaterra, y moria despues de un destierro bastante corto.

*Carlos Alberto, rey del Piamonte.*—Aduló á la Revolucion en sus persecuciones contra el catolicismo. Dejó violar los santos asilos de religiosas y sacerdotes, robar las casas de los Jesuitas é invadir los palacios episcopales de muchos prelados muy recomendables. Vencido en la batalla de Novara, abdicó al mismo dia la corona, y fué á morir de pena y de vergüenza á Oporto, en una cabaña de pescador.

*Napoleon III, emperador de los franceses.*—Los primeros años de su reinado fueron felices. Habia querido que Pio IX fuese el padrino del principe imperial. Mas mucho tiempo despues se hizo hostil al poder temporal de los papas. Instósele vivamente á que no firmase el tratado de setiembre por el cual se obligaba á retirar sus tropas de Roma en dos años. Recordáronse los destinos de su gran tio. Todo fué inutil. Los Estados Pontificios fueron invadidos. Roma convirtiósse en la capital del reino de Italia. Al mismo tiempo en el castillo de Bellevue, Napoleon III vencido, aniquilado, humillado, entregaba su espada al rey Guillermo, y partia para el lugar de su prision. Menos de dos años despues, moria en el destierro, despojado de todo su prestigio, en el modesto retiro de Chislehurst, felizmente reconciliado con Dios.

*Ruina de los impios, herejes y cismáticos.*—*Simon el Mago.*—Llamábase Hijo de Dios, y gloriábase de subir al cielo. Prometió á Neron su ascension solemne en su presencia. Elevóse, en efecto, por los aires á la vista del emperador, pero por efecto de la oracion de san Pedro cayó, rompióse las piernas y murió.

*Arrio.*—En el momento que hacia su entrada triunfal en la iglesia de Constantinopla, poseido de un violento dolor en las entrañas, retiróse á un lugar secreto y murió súbitamente.

*Nestorio.*—Expulsado por Teodosio de todo el imperio de Oriente, fué preso por los nómadas. Reconciliado, fué

desterrado de nuevo tres veces, y murió, su cuerpo en descomposicion, roida su lengua por los gusanos.

*Lutero.*—Sentado en la suntuosa mesa de los condes de Mansfield, vaciando sendas copas de vinos preciosos, desahoga su buen humor en sarcasmos contra el Papa, el emperador, los frailes y el mismo diablo. Despues levantándose, descolgó de la pared un pedazo de creta y escribió este famoso verso: *Pestis eram vivens, moriens tua mors ero, Papa;*—viviendo era tu peste, ó Papa, muriendo seré tu muerte!—Al instante sintióse herido por una tristeza invencible que no le abandonó ya. En la noche del 17 al 18 de febrero de 1545, mortales angustias torturan su alma, entra en la agonía y muere, despues de haber protestado en una Oracion sacrilega que ha confesado y predicado á Cristo, pero el Cristo que el papa deshonra, persigue y blasfema.

*Calvino.*—Uno de sus discipulos cuenta así su muerte: «Calvino murió desesperado, atormentado y consumido por esta enfermedad vergonzosa y cruel con que Dios alige á los rebeldes y malditos..... He visto con mis ojos su fin, su ruina y su suplicio.»

*Enrique VIII, rey de Inglaterra.*—Sus excesos habituales habianle dado una corpulencia tal, que sólo podia moverse auxiliado por una maquinaria inventada por él mismo. Pero nada habia perdido de su ferocidad y de su pasion por la sangre. Estaba ya tendido en su lecho de muerte, sin que nadie se atreviese á advertirle su estado; porque la más pronta y violenta muerte; no hubiera dejado de seguir á esta advertencia. Murió, pues, antes de saber que llegaba al término de su vida, y sin haber podido firmar un gran número de sentencias que habia resuelto hacer ejecutar. Afirmase que en su última agonía, mirando á los que rodeaban su lecho, exclamó: «¡Todo lo hemos perdido, señores: el Estado, la Iglesia, la conciencia y el cielo!»

*Isabel, reina de Inglaterra.*—Capaz de todos los crímenes, no habia logrado ahogar los remordimientos con que la conciencia de sus maldades atormenta á los tiranos.

En su postrera enfermedad, espantada de la abominación de su vida, decía á los médicos solícitos en prodigarle los socorros de la ciencia: «Dejadme; quiero morir; la vida me es insostenible.» Los grandes de la corte y el arzobispo de Cantorbery arrojáronse á sus piés, suplicándola tomase algunos remedios; no pudieron conseguir nada. Estaba resuelta á morir matándose de este modo á sí misma.

*Tomás Cromwell.*—Este fué el que impulsó á Enrique VIII á declararse jefe de la Iglesia de Inglaterra, y el que persiguió al clero para obligarle á que se sometiese. Despues de la solemne abjuración del rey, éste nombróle su virey y su vicario general en lo tocante á lo espiritual. Disgustado de Ana de Cleves con quien Cromwell le había hecho casar, Enrique VIII resolvió perderlo y lo hizo condenar á muerte por su Parlamento como hereje y enemigo del Estado. Rodó su cabeza, y todos sus bienes fueron confiscados.

*Oliverio Cromwell.*—Habiase convertido en el alma de la conspiración impía que había jurado aniquilar al papismo y al Papa. Murió en su lecho, ¡pero despues de cuántas angustias! Perseguido por la conciencia de sus crímenes, creíase sin cesar amenazado por la espada de la venganza divina. Sin amigos, sin servidores fieles, no osándose fiar de nadie, tenía á cada paso ser asesinado, no dormía dos noches en el mismo aposento, y había mandado preparar en las habitaciones en que dormía una puerta secreta por la cual pudiese escapar.

*Voltaire.*—Cuéntase que habiendo entrado jóven aún en un convento de Recoletos, apostrofando al gran Crucifijo que se levantaba en el centro del claustro, dijo: «Tú eres grande y yo soy pequeño; pero cuando yo sea grande, te haré pequeño!» Mantuvo su palabra y se convirtió en el enemigo personal de Jesucristo y de su santa Iglesia, llamándolos *infames* y combatiéndolos con todas las armas posibles. ¡*Aplastad al infame!* ¡Este era su infernal grito de guerra, que sin cesar repetía! En febrero de 1778 recibió

la autorización de volver á París, y fué recibido allí como triunfador; coronóse su busto en su presencia en la pieza de la Comedia francesa. Por la tarde, extenuado por las emociones, saturado por las adulaciones, fué presa de una fiebre violenta. Mandó llamar al abate Gautier, sacerdote de la comunidad de San Sulpicio, firmó en presencia de testigos la retractación que le fué pedida; y recibió los últimos sacramentos! Era un postrer acto de hipocresía. Su aposento llenóse de nuevo de enciclopedistas que no le abandonaron ya. Chanceóse con ellos sobre lo que llamaba su fantasía de penitencia. En el mes de mayo dió una recaída grave. Quiso llamar de nuevo al abate Gautier, pero sólo se dejó aproximar á éste cuando el delirio del moribundo hizo imposible su ministerio. Murió en una horrosa desesperación, haciendo á sus discípulos sangrientas recriminaciones, invocando y blasfemando de Dios sucesivamente. Luego con voz lamentable, las más de las veces en accesos de furor, exclamaba: «Jesucristo! ¡Jesucristo!» Torcíase sobre el lecho, y rasgándose el pecho con los uñas.... «Siento, exclamaba, una mano que me arrastra al tribunal de Dios.... ¡El diablo está allá! Quiere cogerme; lo veo; veo el infierno; escóndeme!»

En un acceso de sed ardiente, llevó su vaso de noche á sus labios, vaciólo de un solo trago, lanzó un postrer grito, y murió inundado en sus inmundicias y en la sangre que salíale á mares de la boca y de las narices.

«¡No puedo sin horrorizarme recordar este espectáculo! escribía el célebre doctor Tronchet á Bonnet de Ginebra. Desde que él vió que todo lo que había intentado para aumentar sus fuerzas había producido un efecto contrario, ya la muerte estuvo siempre delante sus ojos y aumentó sin cesar la rabia en su alma.» ¡Ruina! ruina!

*Condorcet.*—Tenía grandes cualidades, génio y tal dulzura de maneras, que contrastaba con su efervescencia revolucionaria. D'Alembert comparábalo á un volcan cubierto de nieve, y llamábalo carnero rabioso. No reconociendo en este mundo más que la materia, pero la mate-

ria dotada de una fuerza de progreso eterno y de una energía divina, destinada á purificarse y engrandecerse por sí misma, fué como el padre del ateísmo científico moderno. Como tantos imprudentes novadores, sembraba los vientos sin prever bastante la tempestad de que debía ser víctima. Puesto fuera de la ley, vióse reducido á ocultarse en las canteras abandonadas en las cuales pasó muchas noches. El hambre obligóle á salir: fué reconocido, arrestado, encerrado en un calabozo. Cuando el carcelero entró en este á las veinticuatro horas, encontró muerto, víctima de un violento veneno que llevaba hacia mucho tiempo consigo, para escapar al suplicio que le amenazaba.

*Los corifeos de la gran revolución francesa.*—Chaumette, el organizador de la fiesta de la Razon; Hebert, jefe de los ateos; Robespierre, el inventor y el Pontífice del Sér supremo; Pethion, el cómplice del 2 y 3 de Setiembre; Cloots, que se declaraba el enemigo personal de Jesucristo; Danton, el organizador de la carnicería de las Carmelitas; Fouquier-Tinville, el feroz acusador público; Carrier, el ministro de los matrimonios republicanos; Lebon, sacerdote apóstata y bestia feroz sedienta de sangre; Schneider, el nuevo Neron, etc., ¡han perecido todos de muerte trágica y violenta! ¡Y aconteció las más de las veces que su sentencia de muerte fué escrita sobre actas de acusación impresas anticipadamente y dejadas en blanco por ellos! ¡Ruinas! ¡ruinas!

*Los corifeos de la unidad italiana.* El conde de Cavour.—Segun su espíritu, nuestras divinas creencias eran un azote, y retardaban el desarrollo regular y progresivo del génio humano. Él fué el que proclamó á Roma capital de Italia. Alcanzó la cumbre de la gloria, pero de repente oscurecese su inteligencia, su mano tiembla. Muere de una fiebre perniciosa el día mismo en que se celebraba por una fiesta nacional el aniversario de la unidad.—Armellini, que pronunció en 1848 la caída del Papa Soberano temporal, á quien su mujer echaba en cara sin cesar la viola-

ción del juramento que habia prestado como abogado consistorial, muere en Bruselas, despreciado por todas las gentes honradas.—Farini, el cual en su juventud, en Bologna, mostrando su brazo desnudo, afirmaba que lo sumergiria hasta el codo en la sangre de los sacerdotes, murió loco. Rehusando tomar alimento alguno, huraños sus ojos, perseguido por la sombra de una víctima inocente que habia entregado en manos de un populacho furibundo, causando horror á sus guardianes, sumerge su brazo hasta el codo en sus propias inmundicias y muere.

*De Lamennais.*—Pocos hombres ¡ay! aun entre los herejes han terminado su vida más miserablemente: Arrio fué como herido de un rayo en un lugar inmundo; pero no se anonadó á sí propio, no fué condenado al abandono de todos, al ocultamiento civil, al coche mortuorio que usan los pobres á la fosa comun, al silencio universal sobre una tumba que hubiera debido ser tan ilustre. Todo esto, dice Lacordaire, forma un espectro que me persigue. ¡Ruina!

¡HA SIDO PUESTO PARA EL LEVANTAMIENTO DE MUCHOS!—El triunfo de muchos, de las sociedades, de los principes y de los particulares, que están fielmente adheridos á Jesucristo y á su santa Iglesia, y han puesto en Él solo toda su confianza, es á su vez un gran hecho histórico, cierto y palpable.

*Naciones y soberanos.*—Israel.—Parecía que con la reprobación del pueblo judío las promesas hechas á los patriarcas y las esperanzas del universo desvaneciáanse como un sueño. Pero todo renacia con la Iglesia cristiana, ¡y esta resurrección es admirable! Jesucristo reservó de toda la nación judía doce hombres humildes é ignorantes. Siémbrales en el mundo como un grano fecundo, y al instante una cosecha abundante de adoradores en espíritu y en verdad brota de todas partes.

*Constantino.*—Al principio de su gloriosa carrera, leyó en el mismo cielo, al pié de una cruz luminosa, la promesa de sus futuros sucesos: ¡In hoc signo vinces! Hizo grabar

estas palabras en la bandera de sus soldados, y la desplegó como estandarte á la cabeza de sus legiones. Desde entonces cuenta sus años por sus victorias; derrota á cinco emperadores idólatras que le oponen sus ejércitos; consigue ser el amo del mundo romano, al cual hace adorar el divino Crucificado; funda un segundo imperio más floreciente que el primero, y muere en una apacible vejez, despues de haber reinado treinta años.

*Clodoveo.*—En lo más fuerte del peligro esclama: «¡Dios, que Clotilde adora, socórreme! ¡Si me haceis vencedor, yo no tendré otro Dios que Vos!» Venció y mantuvo la palabra. El día de Navidad recibió el bautismo con tres mil Francos, sin contar las mujeres y los niños. ¡Qué gloria para él haber alcanzado ser el primero de los reyes cristianos de este bello país de Francia por los cuales Dios ha hecho tantas y tan grandes cosas!

*Carlomagno.*—Subió al trono muy jóven todavía, pero sólo tenia de la juventud el vigor y la actividad, y sólo empleó su poder en extender el reino de Jesucristo. Jamás gloria alguna fué comparable á la suya. Marchaba de victoria en victoria, de triunfo en triunfo. Su majestad y bondad desarmaban á los rebeldes que sus manos no habian vencido. ¡Qué bello día aquel, en que el soberano Pontífice Leon III colocó en la basilica de San Pedro, y en el día de Navidad, sobre su cabeza la corona imperial, al mismo tiempo que el pueblo romano repetía: ¡Vida y victoria al muy piadoso Carlos, coronado por Dios, grande y pacífico emperador! El mundo lo cuenta en el número de sus héroes, y la religion en el número de sus Santos. ¡Resurreccion!

*Los convertidos ilustres.*—Pero la más magnífica realizacion del oráculo de Simeon brilla sobre todo en la historia de los grandes convertidos. La conversion es un milagro de la resurreccion de las almas, más admirable en realidad que el milagro de la resurreccion de los cuerpos. El cuerpo muerto, en efecto, no opone á su resurreccion más que una resistencia pasiva, en tanto que el alma

muerta por el pecado opone á su resurreccion una resistencia activa y á menudo muy obstinada. La conversion prueba, pues, invenciblemente la divinidad de la Religion en el seno de la cual se opera, y porque es propia de la religion católica, apostólica, romana, con exclusion de toda otra secta cristiana, porque son los mejores aliados de la herejía ó del cisma los que lo abandonan para hacerse católicos, vencidos por una conversion sincera, en tanto que son los malos católicos los que pasan á la herejía ó al cisma por una perversion verdadera. La Iglesia católica, apostólica, romana, es únicamente divina.

Tracemos la historia de algunos de estos convertidos ilustres.

*Maria Magdalena.*—El Evangelio la llama la pecadora de la ciudad. Es poseida de siete demonios. Simon el Fariseo admira de que Jesucristo la consienta estar á sus piés. Pero arrepiéntese y ama. Sus pecados le son perdonados, y su vida no será más que un continuo acto de amor. Renan ha hecho de ella una loca; Jesucristo una gran Santa, cuyas alabanzas entonaré el mundo entero hasta el fin de los siglos. El oráculo se ha cumplido. ¡Resurreccion!

*San Pablo.*—Es Benjamin lobo maravilloso, que por la mañana devora á su presa, y por la tarde se convierte en manso cordero. «Yo atormentaba, dice, á los santos en las sinagogas. Mi furor aumentábase cada día hasta el exceso. Estaba á las puertas de Damasco. Vi una luz más brillante que el sol. Caí en tierra... Oí una voz que me decía: Saulo, Saulo ¿por qué me persigues? Yo respondí: ¿Quién eres, Señor? El Señor me dice: Yo soy Jesús á quien tú persigues... Te envío á los Gentiles, á fin de que se convirtan de las tinieblas á la luz, de Satán á Dios.» Al mismo tiempo que los compañeros de san Pablo, tomándolo por la mano le introducian en Damasco, apareciáse Dios á Ananías y le decía: ¡Levántate! Vé á casa de Judas y pregunta por Saulo de Tarsis.—Pero, Señor, él viene para cargar de cadenas á los que invocan vuestro nombre... Hé aquí está orando, añade el Señor, y lo he escogido para

predicar mi nombre á los Gentiles, á los reyes y á los hijos de Israel. Ananías fué, impuso sus manos á Saul; al instante cayeron de sus ojos las escamas y recobró la vista. Predicaba en las Sinagogas que Jesús es el Hijo de Dios... Su impulso fué el de un gigante. ¡Alcanzó de un salto el heroísmo de todas las virtudes, el amor á Dios, el amor á Jesucristo, el amor á sus hermanos, amigos y enemigos. Y su ministerio fué soberanamente eficaz. El más sabio de los filósofos, Aristóteles, el más elocuente, Platon, Sócrates el más ilustre, etc., honraron la Grecia con sus enseñanzas y con los ejemplos de su vida. No fueron más que bronce sonoro ó címbalos estruendosos. Corinto, á pesar de la presencia de los Siete Sabios, era la ciudad más corrompida del mundo; en un solo templo de Venus, contábanse nada menos que mil cortesanas. Pablo, asociado con un judío, que le ayudaba en la fabricacion de las tiendas, predica á esta ciudad impúdica la mortificacion de los sentidos y el desprecio de las riquezas, y la convierte... Al alcanzar el término de su divino apostolado, Pablo decía á Dios con la sencillez de su alma: He consumado mi curso; he combatido en el buen combate; he guardado la fe. Me falta la corona de justicia que me está reservada y que el justo Juez no me hará esperar... Su noble y santa cabeza cayó bajo la cuchilla del verdugo, pero su sepulcro, más glorioso que el de los conquistadores y más ensalzados filósofos, está bajo de una inmensa y magnífica basílica, á la que acuden á orar los peregrinos del mundo entero. San Juan Crisóstomo, á quien su genio, su elocuencia y su celo ardiente por la salvacion de las almas han hecho llamar la *Boca de oro*, ha rendido á Pablo este sublime homenaje: «Cuando yo te contemplo, estoy en estupefaccion!» Mr. Renan, con su pluma escéptica y acerada, resume su sacrilego *Estudio de san Pablo* con estas palabras crueles, pero que son un esplendor de la fe: «El Cristo que le hace revelaciones personales, es su propia sombra, es él mismo que se escucha creyendo oír á Jesús.»

¡Jesús impostor! ¡Pablo alucinado! ¡Y el mundo convertido! ¡Resurreccion!

*San Dionisio Areopagita.*—Un día vió entrar en el Areópago de Atenas á un hombre de vasta frente, de profunda mirada, en cuyo semblante brillaba la inspiracion: era san Pablo. Escucha, se conmueve, conviértese, y consíguese ser un escritor inspirado. Bajo su sabia pluma, la enseñanza de san Pablo extiéndese en una armonía misteriosa, que sube de la tierra al cielo. Llega á ser apóstol á su vez, evangeliza las Galias, funda la Iglesia de París; muere mártir, haciendo ilustre para siempre la feliz colina regada con su sangre. La espléndida basílica de San Dionisio hará su nombre para siempre inmortal, en tanto que los de sus colegas del Areópago permanece sepultado en un profundo olvido. ¡Resurreccion!

*San Justino.*—Habia estudiado sucesivamente las doctrinas de Zenon, Aristóteles, Platon, y su espíritu permanecía turbado, y su corazon estaba más y más inquieto. Un día que se paseaba por las orillas del mar, un anciano desconocido, de un exterior venerable, le enseñó que la verdad sólo se encuentra en los oráculos de las profecías y en los milagros del Evangelio. Hácese cristiano, recibe las órdenes sagradas, conservando empero su manto de filósofo, y forma en la primera escuela eclesiástica discípulos ilustres. Su ardiente fe tradúcese en sus brillantes obras; su primera apología desarma al emperador Adriano, la segunda causa una impresion profunda en el espíritu de Marco Aurelio. ¡Cuán elocuente era al decir á los romanos! «He sido en otro tiempo lo que vosotros sois; sed hoy lo que yo soy. La fuerza de la religion cristiana me ha iluminado, ha librado mi alma de la servidumbre de las pasiones, ha hecho reinar en ella la serenidad y la paz. El alma así iluminada está segura de reunirse con su Creador.» ¡Pagano, Justino hubiera permanecido siendo un filósofo ignorado! ¡Cristiano, Justino brilla y brillará siempre con un brillo puro, vivo y vivificante! ¡Resurreccion!

*San Agustín.*—Alma ardiente y sensible, espíritu vivo y penetrante, corazón amante hasta el exceso, sigue muy fácilmente la pendiente de los placeres y del error. Pero una madre incomparable, santa Mónica, vela sobre él con ternura y ruega por él con fervor. La gracia le persigue incesantemente. Un día cae de rodillas y exclama: ¡Hasta cuándo, Señor, diré yo: mañana, mañana? ¡Por qué no hoy, en este mismo instante! Oye una voz interior que le dice: «Toma y lee!» Un volumen de las *Epístolas* de san Pablo estaba á sus piés. Lo toma y lee: «¡Marchemos honestamente, no en los excesos de la mesa y de la embriaguez, no en la disolución y en la impudicia, no en la contienda y la rivalidad! Revistámonos del Señor Jesús, y no tengamos cuenta alguna de la carne.» Al instante su vida de errores y placeres aparécete en todo su horror, una luz sobrenatural ilumina su inteligencia, los encantos de la virtud enajenan su corazón. ¡Está convertido! Refrase con su madre en una soledad cercana á Milan, y sólo la abandona para recibir el bautismo de manos de san Ambrosio. Vuelve á África sin Mónica; ¡ay! había muerto en Ostia, y continúa cerca Tagaste su vida solitaria y laboriosa. Acepta, muy á pesar suyo, las funciones de coadjutor de Valerio, obispo de Hipona, y le sucede más tarde, viviendo únicamente de las obras de la Religión, no soñando más que en la obra de la Iglesia y la felicidad de su patria, y muere á los setenta y seis años, muerto por la sola perspectiva de las desgracias que el sitio, de que estaba amenazada, presagiaba á su querida ciudad de Hipona, dejando á la posteridad monumentos impercederos de su génio, de su erudición y celo. Posidonio, uno de sus contemporáneos, valúa el número de sus obras en mil treinta, comprendiendo, entre ellas, los sermones y las cartas. No resucitado por Jesucristo, Agustín hubiera permanecido siendo un hábil retórico, olvidado después de mucho tiempo; ¡una ruina moral! Autor de una de las cuatro grandes reglas de la vida religiosa, fundador de los clérigos regulares, padre de una multitud in-

numerable de religiosos y religiosas agustinos que forma en la justicia, brillará como una estrella en las perpétuas eternidades. ¡Resurrección!

*San Ignacio de Loyola.*—Gentil-hombre español, había escogido la carrera de las armas y llevaba la disipada vida de la milicia. Si Dios no le hubiese resucitado, hubiera permanecido vulgar y desconocido. Herido en el sitio de Pamplona y condenado á un reposo forzoso, pidió un libro para distraerse. Sólo había en el castillo una *Vida de los Santos*. Esta lectura conmovióle profundamente y le convirtió; toma al instante la resolución de consagrarse por completo á la defensa de la santa Iglesia y á la mayor gloria de Dios. Caballero de Jesucristo y de su divina Madre, hace su primera vela de armas en la capilla de Nuestra Señora de Montserrat, y corre á ocultarse en la cueva de Manresa, en la cual parece le reveló Dios sus *Ejercicios espirituales*, con los cuales hará la conquista de los primeros compañeros de su apostolado, le inspirará más tarde sus tan admirables Constituciones y le hará el padre de la inmensa familia de apóstoles, que será la edificación del universo. Conducido á Roma por una atracción irresistible, un día que oraba en una arruinada capilla, vió al Padre eterno, que le presentó á su divino Hijo Jesucristo, cargado con una pesada cruz y que le prometió serle propicio. En efecto, por una bula del 27 de setiembre de 1540, el Soberano Pontífice aprobó, bajo el nombre de Compañía de Jesús, su novel órden, consagrada especialmente á la persona del Soberano Pontífice, á la santificación de las almas y á la educacion de la juventud. Sacrificándose sin reserva, fundó sucesivamente en Roma, fuera de su sabia congregacion, una casa de retiro para los judíos convertidos, un refugio para las cortesanas arrepentidas, asilos para los huérfanos pobres y de corta edad y para las jóvenes en peligro de perder su inocencia. En fin, modelo cumplido de todas las virtudes, y rico en méritos, después de haber recibido del Soberano Pontífice una bendicion especial, *in articulo mortis*, le-

vantando los ojos y las manos al cielo, pronunció el sagrado nombre de Jesús y espiró tranquilamente el 31 de julio de 1556. Su vida resumióse en esta famosa divisa: *Ad majorem Dei gloriam*, y también en las dos bellas plegarias que recitaba sin cesar: *Suscipe!* y *Anima Christi!* La más pura gloria de san Ignacio y de su Compañía es haber sido con Jesucristo el objeto especial de las contradicciones del infierno y de sus secuaces: *signum cui contradicetur*. Se les ha contradecido por doquiera, siempre y en todo. ¡Esplendor!

*El copero mayor Rancé.*—Jóven y celebrado por todos, el abate de Rancé trataba de conciliar juntos el placer y la moral. «Yo predico por la mañana, decía, como un ángel, y cazo por la tarde como un diablo.» El Señor llamólo insensiblemente á él por muchos accidentes sucesivos que le hicieron tomar la resolución de consagrarse enteramente á Dios. Retiróse á su castillo de Veret en Turina: pero presto cansado de la magnificencia y voluptuosidad que respiraba todo en él, lo vendió, con su vajilla de oro y plata, dió el importe de su venta á los pobres, despidió á sus criados, renunció á todos sus beneficios, excepto la abadía de la Trapa, en la que se estableció en calidad de abad regular, con la firme voluntad de restablecer en ella la estricta observancia. Inquebrantable en su resolución, sin cansarse jamás de esta vida austera, siempre ardiente en la práctica de su eminente y ardiente piedad, murió, penitente sublime, sobre la paja y la ceniza, siendo la edificación de la corte de Luis XIV. ¡Qué gloria para el antiguo gentil-hombre de costumbres tan ligeras, haberse convertido en el padre, muy grave y venerado, de estas numerosas familias de trapenses que recorrijan al cielo, admiran la tierra y hacen estremecer al infierno por el heroísmo de una vida mortificada hasta el exceso!

*El R. P. Lacordaire.*—Había bebido, en la provincia, en la fuente misma de la incredulidad, y aunque, á su llegada á París, fué puesto en relación con fervientes cristia-

nos, no tenía la más mínima intención de convertirse en creyente. Hé aquí cómo cuenta su conversión: «Ninguna luz me vino de los hombres. Yo vivía solitario y pobre, abandonado al trabajo de mis veinte años, sin goces interiores, sin relaciones agradables, sin atractivos por el mundo, sin la embriaguez del teatro, sin pasiones en el exterior que yo conociese, si no es un vago y débil tormento de reputación. En este estado de aislamiento y melancolía interior vino Dios á buscarme. Me es imposible decir en qué día, en qué hora, y cómo mi fe, pérdida hacia muchos años, reapareció en mi cabeza como una luz que no estaba extinguida. La teología nos enseña que hay otra luz que la de la razón, otra impulsión que la de la naturaleza; que esta luz y esta impulsión emanadas de Dios obran sin que se sepa de dónde vienen y á dónde van.» El R. P. Lacordaire ha tenido dos grandes glorias: la de crear un género de elocuencia nuevo é inspirado á su manera, que ha iluminado muchos espíritus y conmovido muchos corazones; y la de restaurar en Francia la ilustre orden de Padres Predicadores y convertirse en el padre de una generación de oradores que continúan con brillo y éxito su santa misión.

*El R. P. Libermann.*—Su padre, rabino muy influyente, le destinaba á los honores de la sinagoga, y le había inspirado desde temprano el odio que los judíos profesan á los católicos. La vista de una cruz haciale huir, la presencia de un sacerdote arrancábale gritos. Sus estudios, exclusivamente rabínicos, tuvieron por resultado un horror hácia los cristianos, llevado hasta el fanatismo.—¡Pero la gracia esperaba al nuevo Saul! Abrió ampliamente su corazón, y recibió el bautismo con sentimientos de calma y de fe verdaderamente admirables. No era solamente un cristiano que Dios daba á su Iglesia; era un sacerdote, un fundador de congregación religiosa y un apóstol. Al librarse de las molestias de una enfermedad cruel, la epilepsia, que debía reducirlo á una impotencia absoluta, apenas hubo recibido el sacerdocio, convirtiéndose como en

el fundador y superior general de las Congregaciones reunidas del Espíritu Santo y del Corazon inmaculado de María por el apostolado de los negros. Consumido en pocos años, recorrió una inmensa carrera, brilló en virtudes heroicas, y se ha instruido ya la causa de beatificación. ¡Resurreccion!

Podriase multiplicar hasta lo infinito esta gloriosa lista de los resucitados por Jesucristo, conquistas gloriosas de su gracia, milagros animados de su omnipotencia siempre subsistente.

Monseñor Roess, el sabio y piadoso obispo de Strasburgo, tuvo la feliz idea de escribir la historia de los principales convertidos de Alemania desde la Reforma hasta nuestros días. Sus doce volúmenes, en los cuales figuran y resplandecen millares de resucitados por Jesucristo, son un monumento incomparable elevado á la gloria de la santa Iglesia católica, apostólica, romana. ¡Ah! si se escribiese asimismo la historia de los pervertidos, aunque poco conocidos que han pasado al cisma ó á la herejía, ¡cuán elocuente sería el contraste! En aquellos era la resurreccion con todas sus glorias; en éstos sería la ruina con sus tristezas é ignominias.

*Los Santos y Santas.*—Los resucitados, en fin, por Jesucristo son esta multitud innumerable de santos y santas, generosos vencedores del mundo, del infierno y de sí mismos, que ostentando las palmas en sus manos y en sus cabezas las coronas, resplandecientes de luz divina, y embriagados en las delicias inmortales, celebran con himnos de gracias la gloria de su triunfo y los inefables beneficios de su Salvador. ¡Cuán grandes son! ¡cuánto honor hacen á Jesucristo y á su santa Iglesia estos apóstoles que recorren el mundo entero subyugando, por la fuerza de la verdad, por el ascendiente de un poder verdaderamente sobrenatural, á los sabios y á los ignorantes, á los filósofos y á sus discípulos, á los pueblos y á los Césares! ¡Cuán grandes son estos profetas inspirados por el cielo que predijeron muchos siglos anticipadamente esta ad-

mirable revolucion! ¡Cuán grandes son estos mártires cuyo valor nada pudo abatir; estos confesores de virtudes heroicas y de ardiente caridad; estas Virgenes, radiantes lirios brotando del seno de las espinas de todos los vicios, etc., en una palabra, todos estos santos que cantan mejor que el firmamento la gloria de Dios, que, según la enérgica espresion de san Pablo, han vencido por la fe á los reinos, practicado la justicia, conquistado las promesas, cerrado la boca á los leones, extinguido la impetuosidad de las llamas, escapado al filo de la cuchilla, triunfado de la enfermedad, tomando su fuerza en la debilidad y poniendo en confusion el campo de los infieles, etc... ¡Resurreccion!

*Capítulo octavo.*—Cuarto esplendor de la Fe.—Este infante será señal á la que se hará contradiccion.—(Luc., c. II, v. 34).—El infante, tan hermoso y dulce, de quien el anciano Simeon dice que será señal á la que se hará contradiccion, *signum cui contradicetur*, es el mismo cuyo nacimiento señalaron los ángeles cantando: *Pax hominibus bone voluntatis*. Resumirá sus enseñanzas en esta sola palabra: *Aprended de mí que soy dulce y humilde de corazon*. Y su vida se escribirá en estas dos palabras: *La ha pasado haciendo bien*. Su voz no resonaba ruidosa en las plazas públicas; no acababa de romper la caña medio rota; no apggaba la mecha que humeaba todavía. Los niños estrechábanse en torno de él, y la multitud le seguía bien lejos en el desierto, arrastrada por los atractivos de su conversacion, la sublimidad de su doctrina y el brillo de sus milagros. Salvador enviado por Dios, luz que se revelará á las naciones, cordero inmolado por los pecados del mundo, debería ser adorado, amado, bendecido por todos; y hé aquí que Simeon predice que será señal á la que se hará contradiccion, en toda la energia de esta palabra terrible, contradiccion universal, incesante, encarnizada, excesiva. ¡Esa es la profecía, el oráculo! Y su cumplimiento llena tambien el mundo, el tiempo y el espacio. ¡Esplendor!